

A stylized tree with a sign that says "SI, YO LE AMO". The tree is rendered in a dark, textured style with a dense canopy of branches. The sign is a white, rectangular banner with a slightly distressed, hand-painted appearance, featuring the text "SI, YO LE AMO" in a bold, black, sans-serif font. The tree is set against a circular background with a yellow and orange watercolor wash. The overall composition is centered and occupies the upper two-thirds of the page.

SI, YO LE AMO

Una declaración de amor
y servicio al Dios de la Biblia

KARINNA SEGURA BOGGIE

PREFACIO:

¿Por qué escribir un libro?

No soy una celebridad, tampoco he tenido una vida extraordinaria, y aunque podría parecer solo el cumplimiento de una ambición personal, lo que realmente me ha motivado a escribir ha sido Dios.

Jesús me ha seducido el alma. Y necesito que el mundo se entere de ello. Fue Él quien cambió el Universo cuando dejó Su gloria y trono para cambiar la historia de la humanidad. Fue Él quien trastornó el mundo entero a través de la vida de sus amigos y seguidores. Fue Él quien impactó mi vida al punto de poner de cabeza todos mis deseos, sueños y aspiraciones.

Lo estoy siguiendo y es un maravilloso honor. Jesús es asombroso. Entre más lo conozco, más me impacta Su gran amor. Cuando eres testigo de algo así, es imposible

guardar silencio, y esta es la forma en la que deseo ser una voz. Hace varios años atrás, hubo un hombre que se transformó en una voz que clamaba en medio del desierto. Hoy, espero ser otra voz que se levanta para decir lo que Él ha hecho a mi alrededor.

Oro por ti, querido lector desconocido, para que Dios sea más valioso para ti después de leer estas páginas. No te hagas grandes expectativas, ni juzgues este libro con rapidez y liviandad, quizás en medio de estas palabras puedes encontrar algo que te bendiga. No quiero que sea un libro más, y lo dice alguien que lee todo el tiempo. Deseo que al menos el espíritu y la pasión que he puesto en cada pensamiento expresado te lleve a desear con más fuerza a Dios.

¡Cuánto deseo ser una influencia para que muchos lleguen a amar y comprometerse con Dios con toda su vida!

La causa de Cristo es revolucionaria, no quiero ser la única que grite con todas sus fuerzas: Sí, Yo le amo!

¿Quieres unirte?

El hecho de que estés leyendo este libro es una forma de contribuir a ese propósito.

Hace tan solo unos cuantos meses atrás, tuve la gran bendición de estar experimentando mi primer viaje misionero exploratorio.

Parte de esa experiencia estará relatada en las próximas páginas, pero te propongo que seas parte de mi envío y sostenimiento del próximo proyecto que Dios está despertando en mi corazón. Para eso, **tendrás acceso libre al primer capítulo del libro, de forma gratuita** y cuentas con toda la libertad de compartirlo con quien tu quieras. Si deseas leer los siguientes

capítulos, no te cobraré un monto específico, sino mas bien te dejaré la libertad de escoger la cantidad que consideres oportuna, como una **ofrenda**. De esta manera podrás contribuir a mi servicio al Señor y la extensión de Su Reino.

Si estás interesado en esta idea, una vez que finalices el primer capítulo puedes comunicarte conmigo a través de los siguientes medios:

Correo:

karinna.segura@gmail.com

Facebook:

<http://www.facebook.com/keiriz//>

Blog:

<http://www.siyoleamo.wordpress.com//>

¡Gracias por ser parte de la Gran Comisión!

Karina Segura Boggie

Índice

Prefacio

Capítulo 1: El gran viaje

Capítulo 2: Antes de ir

Capítulo 3: Una visita inesperada

Capítulo 4: Sigo esperándote

Capítulo 5: Secuelas

Capítulo 6: Insatisfechos

Oración Final

Acerca de la Autora

Capítulo 1

El Gran Viaje

Nunca pensé que un viaje me cambiaría la forma en la que veo el mundo.

Posiblemente mi opinión no es muy objetiva en cuanto a la forma en que considero que era y la forma en que soy ahora. Una cosa sé: cambié.

Es asombrosa la manera en la que Dios responde las oraciones. Durante más de una década estuve orando para que Dios me permitiera salir de mi zona de comodidad y me enseñara de forma real lo que significa seguirle.

Oré para que sacara de mi corazón la arrogancia y el orgullo que sobreabundaba y a cambio me diera humildad y sencillez. Necesitaba que rompiera mis esquemas y

me mostrara la realidad tal y como es. Suplicaba porque me enseñara lo que significaba el amor, Su clase de amor, y sobretodo, rogaba porque se revelara a mi vida.

No te puedo decir que ahora soy la humildad en persona, o que no existe orgullo en mi corazón. Tampoco puedo asegurarte que amo a toda la humanidad y no sigue existiendo egoísmo en mi vida.

Por otro lado, no he conocido el todo de Dios, ni he entendido todo lo que espera de mí, pero parte de lo que me encanta de mi presente es estar siguiendo al Maestro de la Biblia. Ese Jesús que conversaba y comía con pecadores, ese Señor Santo que no tenía reparos en pasar tiempo con prostitutas, leprosos y repudiados.

Este tiempo he compartido con ese Señor que cambió el mundo, y mi vida.

¿Quién es Jesús?

¿Quién es Jesús para ti?

Permíteme iniciar con esas preguntas. Toma unos minutos, intenta responder. No te apresures a continuar leyendo sin antes tener una respuesta en mente.

Recordemos ese momento en que Jesús le dijo a sus amigos y discípulos: **¿Quién dice la gente que soy yo? (Lucas 9:18)**

Ellos empezaron a dar las respuestas sencillas, algunos dicen que eres este, aquel, ese otro. Cuando alguien te pregunta acerca de rumores u opiniones externas es muy fácil responder. Uno dice lo que otro dijo, o lo que escuchó que decían.

Pero Jesús vuelve a preguntar, esta vez algo mucho más profundo: **Y ustedes, ¿quién dicen que soy Yo? (Lucas 9:20a)**

Ups.

Aquí la cuestión se complica.

¿Puedes percibir la tensión en el ambiente?
¿Quizás ese pequeño silencio incómodo?

Jesús haciendo esas preguntas directas que te atraviesan el corazón.

Hay algo en la persona de Jesús que te impacta, aún si no fueras creyente. Es imposible de negar que Jesús es extraordinario.

Yo tenía hambre de ese Jesús. Lo tuve por muchísimo tiempo y algo en mi interior clamaba por abandonarlo todo para estar siguiéndolo a Él de cerca.

Así fue como Dios proveyó para que dejara mi zona de comodidad, me subiera a un avión y estuviera en tierra extranjera durante un par de meses.

El asunto no es el destino al que llegué. No fueron los factores de tiempo, clima, acento;

ni siquiera fue lo que hice allí lo que cambió mi corazón.

Creo que la respuesta está en las mismas palabras que Jesús dice momentos más tarde: **Si alguien quiere ser mi discípulo, que se niegue a sí mismo, lleve su cruz cada día y me siga. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa, la salvará. (Lucas 9:23,24)**

Negarse.

Morir.

Seguirlo.

Su causa.

Esas son las palabras claves cuando hablamos de seguir a Jesús, de ser un discípulo de Él.

Mi comodidad, mi falta de realidad, la prisión de mi propia teoría me tuvo sin aire

por mucho tiempo. No es que no veía lo que pasaba a mi alrededor, tampoco que no hiciera nada de nada en el transcurso de mi seguimiento.

Simplemente había una zona de confort que me envolvía, me resguardaba, era estar siempre rodeada por personas que saltarían en mi auxilio, eran las constantes justificaciones para decir “mañana lo puedo intentar”, “quizás la próxima semana”, “no es tan urgente el asunto”, eran la lucha de mi mente y corazón.

El ejemplo bíblico me muestra en reiteradas ocasiones que necesitamos abandonarlo todo. Que debemos desempolvarnos los zapatos y ponernos en acción. Que la vida cristiana no es otra cosa que arrojarse en fe.

¿Cuánto de eso estamos viviendo? Este es un libro de honestidad. Querido amigo lector, ¿cuánto del cristianismo de la Biblia

estás viviendo? ¿Estás siguiendo a ese Jesús?

Un día de tantos, tuve la oportunidad de compartir el atardecer con una asombrosa amiga y una hermosa familia, en medio de un lugar llamado Ciudad Bolívar. Nunca había visto tanto amor albergado entre cuatro paredes. Lo recuerdo y lloro.

A veces creemos que el amor debe manifestarse en grandes y costosos regalos. La sociedad consumista en la que vivimos te dice eso. No es verdad.

El amor expresado en la sencillez, en darlo todo, en reír ante las cosas simples, agradecer con todo tu corazón por tener un alimento en tu mesa, recibir un abrazo lleno de cariño, oír las historias personales que reflejan confianza y amistad, y muchas otras cosas de este estilo podrían resultar más valiosas que tantos tesoros en este mundo.

Había algo en la Persona de Jesús que cautivó el corazón de los discípulos, no se trataba tan solo de la sabiduría en Sus palabras, o sus actos milagrosos, creo que era algo más allá.

Y es descubrir ese algo lo que me seduce. Me encanta la idea de seguir a ese Jesús, día a día, de saber que no importa a donde sea que vaya, si voy detrás de Él, todo tendrá sentido.

La bondad del corazón de Jesús me impacta hasta el punto de anhelar con todas mis fuerzas, tener algo de eso también. Piensa en lo que sentían aquellas personas marginadas de la sociedad cuando Jesús se les acercaba, los tocaba, les hablaba y les cambiaba la vida.

Con tan solo una mirada, una conversación, un gesto, ellos ya no eran los mismos. Muchos de ellos solo lo vieron una sola vez,

compartieron unos minutos, unas horas, un momento nada más, pero fue suficiente.

¿Cuánto más agradecidos y emocionados deberíamos estar nosotros que hemos sido invitados a pasar una eternidad con Él?

Querido amigo, no sé si he podido ser clara en este mensaje, pero lo que quiero decirte es esto: **No te conformes.**

Jesús es asombroso.

Necesitamos asombrarnos todos los días de quien es Él.

¿Y si nos atrevemos a perder nuestras vidas por Su causa?

¿Y si lo damos todo?

¿Y si le creemos?

Entonces cuando me enfrento a la pregunta: ¿Quién es Jesús para mí? Puedo responder, para mí Jesús es todo. Jesús es mi vida.

¿Y para ti, quién es Jesús?

Capítulo 2

Antes de ir

Faltaban tan solo unas horas para el despegue. Llevaba varios días resolviendo el gran conflicto de cómo armar mis maletas, calculando las medidas, el peso y evitando llevar algo que fuera causa de deportación. En medio de esas ansiedades naturales, recibí una noticia.

No fue algo bonito, ni alentador. Al contrario, fue doloroso. Difícil.

Oré, lloré, guardé silencio. Y entendí. Jesús había hablado del costo. Jesús había sido claro en Sus términos. Jesús no me había engañado cuando dijo: **Si alguno viene a mí y no sacrifica el amor a su padre y a su madre, a su esposa y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y aun a su**

**propia vida, no puedes ser mi discípulo.
(Lucas 14:26)**

Esta es la letra chica del contrato que muchos púlpitos pasan por alto a la hora de hacer las invitaciones masivas para seguir a Jesús. No quiero sonar gravosa, pero seguir a Jesús no es cosa sencilla, y me sentiría tremendamente responsable si no fuera clara en este mensaje.

Jesús dio Su vida, seguirle significa darle nuestras vidas.

A veces escucho a las personas hablar de servicios en la Iglesia, ministerios de renombre, títulos cristianos muy ambicionados o respetados por los asistentes a la Iglesia, sin que a la vez se entienda que detrás de todas esas posiciones hay un llamado importante a la muerte, a la renuncia, al sacrificio, y a pagar un precio.

Cuando estudio la vida de grandes hombres y mujeres de la historia cristiana, es inevitable encontrar la palabra **mártir** como sinónimo.

No por nada 10 de los 12 discípulos de Jesús que lo acompañaron en todas sus travesías, terminaron siendo mártires.

Ellos lo sabían, entendían que seguir a Jesús, a ese Maestro en particular significaría algo grande. No quiero especular sobre lo que no aparece en las Escrituras, pero estoy segura que después de haber visto unos cuantos milagros, y haber presenciado la resurrección de Lázaro, los discípulos tuvieron que haber pensado que estaban siguiendo a una Persona fuera de serie. Y que seguirlo tendría..

Consecuencias.

Efectos colaterales.

Un precio que pagar.

Observa tu vida por un momento y tu caminar con Dios durante estos últimos meses.

¿A dónde te ha llevado seguir a Jesús? ¿Hasta qué punto seguirlo a implicado un cambio en tu vida? ¿Cuánto te has visto transformado por Su enseñanza? ¿Quiénes se han visto afectados por Su influencia en ti? ¿Cuál es el precio que estás pagando por ser discípulo de Él?

Mientras escribo estas preguntas, trago saliva. Porque temo que las respuestas a esas preguntas, serán muy desfavorables y hasta vergonzosas.

No quiero retarte, en el sentido de castigarte por tu comportamiento o por la falta de entrega. Quiero retarte, hasta desafiarte a vivir una vida con Dios de otra dimensión. Y no me refiero a esa charlatanería de “siga a Cristo y prácticamente va a levitar sin enfermedades,

con dinero en el bolsillo, sobre un jardín de rosas sin espinas”.

Hablo mas bien de la dimensión de Jesús. De lo sobrenatural en medio de la realidad en la que te encuentres inmerso.

Para mí sería sobrenatural ver a más personas dando la otra mejilla a sus enemigos con el único propósito de mostrarles el amor de Cristo.

Sería sobrenatural, que un cristiano se desprenda de su chaqueta de marca, apenas vea a una persona pasando frío en medio de una noche de otoño.

Lo sobrenatural sería vivir como Jesús vivió y pasar inadvertido.

Cuando puse en una balanza el costo de seguir a Jesús, lo que perdería en el camino, lo que implicaría abandonar, solo por estar donde nadie quería ir; cuando calculé el costo, y pensé fríamente lo que significó para los discípulos, y para tantas millones de

personas que con el paso de las décadas han estado dispuestos a darlo todo. Solo tuve una respuesta posible: ***Señor, si mi vida es útil para que seas conocido, tómala. Soy Tuya.***

No pienses que eso no me costó. Que no me dolió, que por momentos no me atemoriza la posibilidad de tener que llegar al punto de dar literalmente mi vida por causa de Jesús. Lo he contemplado y me he puesto en los escenarios más exagerados, para corroborar una sola cosa en mi corazón: antes de ir, quiero estar convencida que para mí **Jesús es digno.**

Creo que ese es el punto fundamental de todo el asunto. Si se tratara de cualquier persona, de cualquier mensaje, yo no estaría dispuesta a garantizar beneficios, victorias, ni ganancias bajo ningún caso. Pero se trata de Jesús, y ahí es donde todo el asunto cambia.

Hablamos del Hijo de Dios, que dejó Su gloria, Su trono y poderío con el único propósito de cumplir la voluntad de Su Padre Celestial.

Es ese Señor que nunca se comportó como los “señores” a los que estamos acostumbrados a ver. Este Señor, lavó los pies de los discípulos, no tenía donde recostar su cabeza, nació en un pesebre, y nunca hizo alarde de Su poderío ni posición.

Es ese Cristo, el Mesías, el Santo de Israel, el que estuvo antes de la fundación del Mundo, el Yo Soy, la Palabra por medio de quien todo fue creado, que nos ha dicho: **Sígueme.**

¿Ves lo que yo veo?

Él es el tesoro que un hombre encontró en el terreno que compró, por el que estuvo dispuesto a vender todo lo que tenía.

Él es el bien mayor, que no se compara a ninguna riqueza, posición, o satisfacción que este mundo te pueda ofrecer.

Jesús es la persona que se levantó de la muerte, quien prometió volver, y de quién se ha predicado desde que el Hombre tiene existencia.

¿Podemos reservarnos algo ante un Señor tan asombroso? ¿Podemos contemplar Su gloria y luego decirle, lo siento, no te mereces toda mi vida?

Antes de ir, antes de dar un paso más allá en tu seguimiento con Jesús. Antes de considerar tu próxima temporada llamándote cristiano, estudia el costo, calcula y piensa en los muchos ejemplos que la Biblia te presenta, entonces, decide o no seguirlo. Yo lo estoy haciendo y te aseguro que es un honor. Lo mejor de todo, es que tengo la garantía más incommovible: Jesús

nunca falla. Ni a Sus promesas, ni cambia Su carácter, ni miente en Su discurso. Jesús es todo verdad.

Capítulo 3

Una visita inesperada

Hace años atrás vino a casa un gitano pidiendo algo para comer. No recuerdo la fecha exacta, no recuerdo mucho su rostro, ni lo que había estado ocurriendo en mi vida durante ese período. Solo recuerdo esto: le servimos lo mejor que teníamos, y a cambio de ese pequeño gesto, él nos dio palabras de gratitud, nos bendijo en romané, y como si lo anterior no hubiese bastado, tomó mi mano y la ungió con sus lágrimas, mientras me contaba como sus malas decisiones lo habían alejado de Dios y de su familia.

Ese día mi corazón experimentó una compasión y un amor que no había sentido antes. Ese día entendí la compasión que sintió Jesús por esa mujer que ungió sus pies con sus lágrimas. Y ese día también

comprendí porque el amor de Jesús no deja de conmoverme.

Ese gitano era yo. Había estado errante por tanto tiempo, buscando mi camino a casa, ese *hogar* que no había encontrado en este mundo. Porque por muchos años había intentado alcanzar la paz y el gozo a través de mis buenas acciones, por medio de mi vida intachable. Había buscando ganarme el cielo a través de mí y mi bondad, pero mis intentos habían sido fallidos e ilusos. Me sentía miserable, perdida y culpable la mayor parte del tiempo, por no ser suficiente, por no hacer suficiente, por no ser mejor y no dar la talla.

Así que mi cristianismo se transformo en una tortuosa montaña rusa emocional, en donde me sentía amada y aceptada por Dios conforme a mis buenas acciones y mi búsqueda de Él; pero por otra lado, triste y decepcionando al Señor de mi vida, cada vez

que pecaba o faltaba a mis compromisos de devoción. Sentía que me miraba con una mirada de desaprobación con cada mala acción, y mi frustración iba en aumento cuando descubría que ese juego de doble identidad era algo con lo que luchaba constantemente.

¿Podía ser ese el cristianismo al que me había llamado Jesús? ¿De eso se trataba seguirle?

Aquel encuentro con el gitano, me recordó la palabra *gracia*. Esa misericordia y amor que Jesús ha tenido por mí de una forma inmerecida. El regalo que extendió a mi vida no por la multitud de aptitudes o mi gran moral, sino porque a Él le plació dármelo. Porque en el gran corazón del Padre estaba el deseo de acoger a millones y millones de seres creados para llamarlos hijos e hijas, y así invitarlos a ser parte de Su familia, del *Hogar* que Jesús había prometido construir.

Y aquel día no tan solo me reencontré con una verdad olvidada o empolvada en mi biblioteca teológica, sino también tuve esa nueva invitación de Jesús:

“La cosecha es abundante, pero son pocos los obreros —les dijo a sus discípulos—. Pídanle, por tanto, al Señor de la cosecha que envíe obreros a su campo” (Lucas 10:2)

Aquel gitano era parte de esos campos listos para la siega, y yo no había tenido que hacer un gran esfuerzo por ir en su búsqueda. Dios lo había traído literalmente a la puerta de mi casa para compartirle el mensaje que Jesús me había indicado que le compartiera.

¿Y cuál era ese mensaje?

Lo que Jesús ya hizo. La forma en la que Él resolvió el pecado y la condenación. Como Cristo había pagado la gran deuda de la humanidad a través de Su muerte, y sobretodo la maravillosa invitación a ser

parte de Su familia, porque esas moradas celestiales están siendo construidas y las puertas de salvación aún no se han cerrado.

Se lo dije. No recuerdo cómo. Pero sé que lo hice con amor, porque anhelé y le rogué que se pusiera a cuentas con Dios. Le supliqué que volviera junto a su familia y buscaran al Señor mientras Él pudiese ser hallado. Le supliqué que se arrepintiera, no delante de mí, sino frente al Santo Señor, que es lento para la ira y grande en misericordia y bondad. Y mis palabras finales no fueron otras que: *Espero que nos veamos allá, cuando estemos delante de Cristo.*

Realmente necesitamos vivir por algo mucho más grande que nuestras vidas. Necesitamos acoger la esperanza de Cristo, esa gran victoria del sepulcro vacío, del sudario abandonado. Es tiempo de revivir la acción de los apóstoles cuando oyeron que

Cristo ya no estaba en la tumba. Ellos corrieron, y cuando comprobaron que estaba vacía quedaron atónitos, pero la historia no concluyó allí. Días más tarde, estaban en el Aposento Alto, esperando el cumplimiento de las palabras de Jesús que les dijo que les enviaría a un Consolador, que los investiría de un poder sobrenatural.

No para jactarse.

No para creerse hombres y mujeres superespirituales.

Ni para comenzar a sentarse en las primeras filas.

No.

Ellos recibirían ese poder para ser **testigos**, para hablar, para ser los mensajeros de lo que habían visto y oído, de todo lo que el mismo Jesús les enseñó; para que le dijeran a quienes vieran en el camino, que la vida no se acaba acá, que existe algo más allá que la culpa y el pecado, que la condenación

y la muerte. Que Cristo les entregaba una nueva vida de restauración y gozo a través de Su propia muerte, y que cuando llegara el momento de exhalar el último aliento de vida acá, si depositaban su fe y esperanza solamente en la obra perfecta de Cristo, allá en Su gloria podrían contemplar las puertas del cielo abiertas de par en par, no porque fueran mejores, no porque no hayan quebrado un huevo; sino por pura gracia y misericordia del Señor.

Querido amigo, ¿me lees?.

Nuestra **misión** acá es algo que no debe ser silenciado, opacado, esto es algo a lo que no le podemos bajar el perfil, ni debemos relegarlo a compartirlo en un momento de la vida cuando haya mayor madurez y experiencia, a ese momento *ideal* en donde no habrán más preocupaciones ni ocupaciones, cuando nuestro horario esté disponible y podamos decir: *ahora sí tengo tiempo, ganas, disposición y motivación*

para compartir el Evangelio que he conocido toda la vida.

El momento es ahora.

Hoy es cuando **las multitudes claman** con fervor por compasión y amor. Hoy es cuando gritan por misericordia y restauración. Es ahora cuando necesitan un abrigo y alimento. Y sobretodo, ese glorioso mensaje de amor y perdón que Cristo predicó, que sin duda, les cambiará la vida.

Y quién sabe si este puede ser el día en que llegue **una visita inesperada** a la puerta de tu casa, como me sucedió a mí, que te recordará que hay un mundo allá afuera que necesita oír esa gran verdad que tú ya has conocido.

Así que, ¿qué esperas para compartirla?

Capítulo 4: Sigo esperándote

Jesús es asombroso. ¿Me permites escribirlo otra vez?

Jesús es asombroso.

A veces creo que lo hemos olvidado. Sabemos lo que hizo por nosotros, sabemos quién fue y lo que hizo entre las calles de Palestina. Entendemos que murió por nuestros pecados y resucitó. Creemos que sigue vivo, pero estas verdades nos han dejado de asombrar.

En cierta ocasión estaba conversando con unas mujeres en medio de una comunidad indígena en el Amazonas. Les explicaba de forma muy sencilla pero no menos profunda, las verdades del Evangelio. En medio de todo eso, les dije que Dios las amaba, y que estaba ahí para darles ese mensaje.

La frase “Jesús te ama”, acá se ha vuelto un *cliché*. Pero cuando ellas lo oyeron, pude ver en sus ojos una llama encendiéndose. Para ellas era una verdad poderosa, casi una revelación y por un momento logré captar cuánto les importaba saberlo. Allí, en medio de una realidad tan distinta a la mía, en un punto geográfico algo inaccesible y apartado de la civilización occidental, de la vida rápida y cómoda, de los centros comerciales y las luces; ellas habían capturado la verdad central del amor de Dios y eso les había impactado, les asombró.

Así que me pregunto y te pregunto, de paso ¿cuánto nos impacta la profundidad del amor de Dios?, ¿es el amor de Cristo evidenciado en esa cruz, una razón suficiente por la cual vivir?

Necesito que me impacte, que el Evangelio de Cristo me importe. Necesito que Cristo se transforme en mi más grande devoción y

que Su Presencia me genere asombro, admiración, pasión y deseos de dejarlo todo por hacer de Su Nombre conocido.

Isaías 26:8 retrata mejor que ningún otro versículo, el sentir de mi corazón en este momento de mi vida:

“Sí, en Ti esperamos, Señor, y en la senda de Tus juicios; Tu Nombre y Tu memoria son el deseo de nuestra vida”

¿Qué deseo?, ¿Por qué suspira mi corazón?

Podríamos enumerar tantas cosas. Y muchos de esos deseos, planes y proyectos son legítimos, sinceros, y envueltos en sentimientos de bondad. No quiero desacreditarlos, no quiero ofenderte y decir que no está bien, pero, ¿dónde está Dios en todo eso?

Hablo de Su gloria.

De Su asombroso Nombre, de lo que hizo en este mundo, de la verdad de Su Evangelio, de sus acciones y Sus palabras. ¿Dónde está Jesús en tu vida?

Isaías en otra ocasión dijo también:

“La luna se sonrojará, y el sol se avergonzará porque sobre el monte Sión, sobre Jerusalén, reinará el Señor Todopoderoso, glorioso entre sus ancianos” (Is. 24:23)

¿No te abruma la actitud del sol y la luna, frente a la Presencia de Dios?

Yo necesito más de eso.

Esa actitud reverente, ese asombro, hasta el punto de que mi cuerpo entero se trastorne ante la verdad declarada por Cristo.

Nunca conoceremos un amor como el de Él. No existe. No lo busques. No pierdas el tiempo.

No existe nadie comparado a Jesús. Y jamás oirás o sabrás de palabras que vivifiquen más que las declaradas por Él y por todos aquellos que de alguna forma u otra lo conocieron.

Estar cerca de Jesús les cambió la vida. Los impactó y afectó. Nunca fueron los mismos, ni lograron opacar la luz de Su verdad.

Recuerdo ese momento en que los discípulos observaron a Jesús calmando la tempestad, ellos quedaron tan asombrados de la persona de Cristo, que fue inevitable exclamar:

“¿Quién es éste, que hasta el viento y el mar le obedecen?”(Marcos 4:40)

Jesús está sobre todos. Y Su Reino no se compara a ningún otro en esta Tierra.

Es por eso que sigo esperando por Él. Y necesito que Su esperanza se mantenga latente en mi corazón cada mañana y cada noche.

Es Cristo el motor, la fuente de la felicidad.

El mundo nos dice que podemos ser felices a medida que conquistemos nuevas posiciones y obtengamos más posesiones. Ellos te venden la felicidad a través de la sonrisa perfecta, el auto del año, el novio/a más esbelto y la fama mundial.

A cambio, la Biblia nos dice: **“Me has dado a conocer la senda de la vida, me llenarás de alegría en Tu Presencia y de dicha eterna a Tu derecha”** (Salmo 16:11) este mensaje no se refiere tan solo a una invitación a deleitarnos en Dios. Es más bien la descripción de la propia experiencia de Cristo.

Cuando Él dejó este mundo, no se esfumó para ir a descansar, porque estuviera agotado, agobiado y hartado. Jesús fue a la Presencia de Su Padre Celestial, al que amaba, a quien había obedecido hasta la muerte.

Jesús había dejado atrás el dolor de la crucifixión, la soledad de la muerte y el pago de nuestro pecado, para estar a la diestra de Su Padre.

Eso, le producía un gozo inexplicable.

Y es Él, unas cuántas horas antes de Su muerte, quien afirma:

“Ahora están tristes, pero cuando vuelva a verlos se alegrarán y nadie les va a quitar esa alegría.. En este mundo afrontarán aflicciones, pero ¡anídense! Yo he vencido el mundo” (Juan 16:22, 33)

Jesús nos prometió volver, ¿lo estás esperando?

Yo lo sigo esperando, y mientras lo hago, necesito imitar Sus pisadas, necesito que mi vida gire en torno a Su verdad, anhelo que me impacte, me transforme constantemente, y me encienda el alma con Su pasión y devoción, por Él, por lo que Él

ama; para que Su gloria sea manifiesta, para que Su Nombre sea conocido, para que Su verdad no sea silenciada.

Y mientras estás en esta espera, asómbrate. Recuerda qué hizo, Sus palabras y lo que prometió hacer.

Piensa en todo lo que ha hecho por ti y en ti, a lo largo de tu vida. Ríndele adoración, admíralo, contempla Su grandeza, ríndete a Sus pies y sírvele.

Jesús es digno.

Jesús es asombroso.

Capítulo 5: Secuelas

No sabemos lo profunda que pueden ser las cicatrices de nuestras acciones o palabras, ni lo duradero que resultan ser los efectos, pero el asunto es que quedan secuelas. Y parte de todo eso, ocurre por causa del pecado. Sí, querámoslo o no gran parte (por no decir todo), de lo malo que hay en el mundo es por causa del pecado. Hace unas semanas estaba esperando a una amiga en medio de las calles de la ciudad, y en ese ir y venir de personas, logré ver a una cara conocida. Le sonreí desde la distancia, esperando que ella respondiera de la misma manera, quizás que se detuviera a preguntarme acerca de la vida, o simplemente musitara algunas palabras. No fue así. Su rostro expresaba dolor, tristeza, decepción y un sin fin de sentimientos que no esperé que albergara en relación a mí, o a mi presencia.

Ahí me di cuenta que no había resuelto un montón de cosas en su vida, y probablemente yo tenía que ver con alguna de esas cosas.

Minutos más tarde, estando en el mismo sitio, vi a una pequeña niñita que no dejaba de gritar y gritar, cada vez más fuerte. Ella al contrario de la escena anterior, no guardaba el dolor o las heridas detrás del silencio, sino que lo expresaba, a tal grado, que no deseaba otra cosa que decirle al mundo lo que estaba pasando en su interior.

En ambos casos, ocurrió un efecto común: nada.

La gente alrededor transitó como si nada estuviese pasando, ya fuera el dolor detrás del silencio o el dolor expresado en altos decibeles, nadie estaba dispuesto a hacer algo.

Aquí entra en escena Jesús. Él si estuvo dispuesto a hacer algo con el dolor de la

humanidad. Creo que esa es una de las cosas que más me inspira de Él. Nunca se conformó, nunca guardó silencio, nunca esquivó los asuntos, ni los agendó para una próxima ocasión.

Eso me confronta, porque yo no soy así. Me cuesta hacerme cargo, involucrarme y ejercer una acción evidente. Lo pienso, sí, mucho. Pero de esa buena idea a la obra hay un abismo.

Esta mañana tan solo pensé dos o tres maneras de decirle a una persona que estaba a unos metros de mí, que su bolso estaba abierto. ¿Y si el mensaje es más urgente que ese?, ¿y si está en juego la eternidad y la vida de una persona?

Por eso Jesús nos invita y suplica a través de Su comisión que hagamos algo, que transitemos el camino del Calvario y no nos encerremos entre cuatro paredes, pensando

en cómo cambiar el mundo, mientras éste se está desmoronando allá afuera.

Las evidencias del dolor están allá, entre las oscuras calles en donde se marginan los adictos, los que batallan con las drogas, el alcohol y el abuso. Pero también ese dolor se muestra silencioso en medio de las tristes y críticas miradas de un matrimonio arruinado, la soledad de los hijos y los vacíos escondidos en una casa amoblada en la zona más envidada de la ciudad.

El dolor no tiene idioma exclusivo, color u ocupación, y aunque la publicidad y la sociedad quieran ocultarlo detrás de la buena educación, el renombre o las fachadas, es imposible. El dolor seguirá ahí, cada vez más profundo e intenso.

Jesús no negó esa realidad, Él dijo: **“en el mundo tendrán aflicción, pero confíen en Mí, Yo he vencido al mundo..” (Juan 16:33)**

Su promesa no fue simplemente un mero parche, o la búsqueda de conseguir votos para una candidatura exitosa. Él estaba realmente preocupado de lo que embargaba el corazón del ser humano. Le importaba porque lo creó, y porque conocía las dimensiones del pecado y sus consecuencias. Él estaba en el huerto del Edén aquel día en el que Adán y Eva habían buscando la satisfacción fuera del Creador. Jesús había sido testigo de cada episodio oscuro, lágrima y grito, en cada era, en distintos contextos pero siempre con el mismo efecto colateral.

Sabiendo y siendo testigo de cada una de esas situaciones, Su promesa viene a ser una bocanada de aire fresco, una esperanza concreta, un sitio donde mirar. Jesús llama a ir hacia Él.

No se desvincula del problema, ni deriva a las personas a otros estamentos. Él lo asume, Él está dispuesto a pagar los platos

rotos, Él quiere permanecer cuando el resto se va.

Jesús se hace cargo de las secuelas y promete restaurar lo dañado. No conozco a otro dispuesto a tanto, pero que sobretodo tenga la capacidad de cumplir una promesa, de la envergadura de las palabras de Jesús.

Porque Él es capaz, lo promete. No conoce los límites de la demanda, es decir, no se confiesa incapaz de atender a tantos, o la diversidad de casos. Él se declara Todopoderoso, el Yo soy: **“¿Habrá algo imposible para mí?” (Jeremías 32:27)**

Jesús es digno de confianza, una vez más, y cada vez que alguien confía en Él no es defraudado. Este es el mensaje urgente que necesitamos declarar. En medio de tantas voces de dolor y silencio, de angustia y grito, de hambre de justicia y escasez, Jesús nos invita a ir a Él.

La pregunta fundamental en este punto es si para nosotros Su solución es suficiente. Si el ofrecimiento de ir a Él en caso de adversidad, dolor, ausencia y catástrofe, es una buena o la mejor opción.

Esta es una pregunta vital, porque revela exactamente lo que hay en cada uno de nuestros corazones. **¿Es Jesús suficiente? ¿Ese Cristo al que hemos llamado Señor y Salvador, puede realmente satisfacer nuestras más grandes ausencias y vacíos?**

Yo sé que Él es capaz y Él quiere hacerlo, pero ¿lo deseamos? ¿lo queremos a Él ante que el resto de las cosas?

Jesús nos invita continuamente a estar con Él, a llevar nuestras cargas a Su Presencia, a abandonarnos y arrojarnos a Sus brazos.

¿Lo haremos?

Y si por un momento dejamos las justificaciones de lado y lo contemplamos. Creo que si simplemente lo miramos, recordamos lo asombroso que ha sido a lo largo de nuestra vida, o desde el momento que lo conocimos, y si recordamos Sus dulces palabras y Su acción radical en la cruz.

¿Será que todo lo anterior nos inspirará a anhelarlo con toda nuestra vida?

¿Es posible que toda nuestra imposibilidad de vivir un cristianismo conforme a la Biblia, se vuelva posible cuando nos caigamos de rodillas ante Su Presencia?

Te invito a que lo hagas, a que pongas en pausa por un momento tu vida y evalúes lo que significa para ti realmente Jesús. Si hasta ese momento Él no tiene el valor que merece, deseo que a través de las páginas que quedan puedas replantearte tu compromiso y entrega hacia el Señor. Si por el contrario, hasta este momento de tu

vidas has puesto al Señor en el trono de tu vida, corazón y voluntad, nada más te animo a continuar conociéndolo, siguiéndolo y llevando a otros al conocimiento de quién es Él.

Porque nuestro Dios es infinito, ¡conocerlo es una aventura que nos tomará toda una eternidad!

Capítulo 6: Insatisfechos

Una vez, un hombre dijo:

“Siento que marcho a un ritmo diferente,
Uno que late sólo para mí. Entonces, me
 doy cuenta que no estoy solo. Hay otros por
 ahí que han escuchado la misma canción
 que yo..”

Pocas veces una persona ha descrito de
 mejor manera aquella constante
 insatisfacción de mi corazón. Esa sensación
 de estar corriendo detrás de algo más
 grande. Mirar alrededor, ver lo que el
 mundo me ofrece y preguntarme: ¿Eso es
 todo?

Jesús me mostró ese camino, Su camino.

Una ruta empinada

Un camino hacia la Cruz.

**Ese monte en donde me dijo que me
 amaba a través de Su muerte.**

Necesito que Jesús tome mi vida una y otra vez, cada día y me recuerde que la insatisfacción de mi corazón por un gozo mayor, por una felicidad desbordante, por un estallido, por una bocanada de aire fresco, no la encontraré de este lado del cielo, ni en las cosas de este mundo, sino en Él.

El amor, de forma personal, ha sido un asunto no resuelto en mi vida. No sé mucho acerca de él, ni entiendo muy bien cómo es el asunto. He tenido intentos fallidos, una que otra lágrima, y muchos sueños o suspiros sin expresar.

En medio de ese camino no transitado, de esa soledad aparente, Jesús ha sido la muestra del verdadero amor que he conocido a lo largo de la vida.

Y ¿sabes qué? Su amor no se compara a nada en este Planeta.

Tal vez para ti, ese parezca un discurso escuálido, y poco atractivo.

Por momentos me sucede, no te lo voy a negar. Miro hacia el lado y busco acá una fuerza cautivadora, una luz más brillante, un destello que me impacte y me haga sentido, propósito y significado.

Pero llego a la misma resolución una y otra vez:

Mi corazón ha sido creado para la eternidad, mi alma encuentra gozo y satisfacción absoluta en mi Creador, fuera de Él mi vida se marchita. Fuera de Él no quiero nada.

Jesús necesita ser TODO, pero también Jesús **desea** ser nuestro TODO.

¿Y si cambiamos los paradigmas de este loco mundo?

¿Y si realmente anheláramos a Dios y nos sumergiéramos en las profundidades de Su amor, poder y gracia?

¿Y si le pidiéramos que nos volviera insatisfechos de este mundo y nos diera esa agua que sacia la sed?

¿Y si simplemente le dijéramos al Señor: Sé nuestro Pan de cada día, y nuestra agua eterna?

Dios hace cosas hermosas todo el tiempo. Él es un Creador constante. Y Él es capaz de asombrarnos.

¿Por qué nos conformaremos con lo que este mundo nos vende, cuando Dios, el que ha creado todo lo que nos cautiva en este Planeta nos ha invitado a conocerlo directamente a Él?

¡Ay querido amigo lector! Ruego al Señor que te capture el alma, como lo ha hecho conmigo.

Ruego que nos seduzca y nos satisfaga con Su Presencia.

Ruego que estremezca nuestras vidas y nos eleve la mirada a Él y a la obra increíble que

ha hecho y continúa haciendo en este mundo.

Necesitamos insatisfacción.

Necesitamos felicidad eterna.

Necesitamos a Jesús.

¿Por qué concluiría con tantas preguntas abiertas este libro?

¿Por qué gritaría con tanta fuerza en estas últimas páginas?

Porque la historia se continúa escribiendo. No lo digo para que te creas un hombre o una mujer superpoderoso/a.

No lo somos. Al contrario. Somos pequeños, débiles y llenos de imperfecciones.

Pero Cristo, ese Señor que calmó las aguas tormentosas, enderezó rodillas dobladas, abrió la vista de ciegos y un sinnúmero de milagros que no conocemos; sigue vivo y quiere contar con nuestras vidas para la multiplicación esta familia, Su familia.

Para llevar a tantos otros de regreso a Casa.

Porque necesitan conocer quién es Él y lo que ha hecho, y nos ha invitado a hacerlo a través de nuestros labios, nuestros pies y nuestras manos.

Es por eso que necesito que lo anheles.

Más.

Mucho más de lo que lo has hecho hasta ahora.

No te conformes.

En Cristo hallamos un deleite fuera de serie.

Su majestuosa gloria no ha menguado en generaciones, ¿acaso crees que tendrá límites?

Ahora. No es que yo esté del otro lado de la vereda.

Estoy en el mismo proceso. Aprendiendo, siguiéndolo, anhelándolo.

Arrepintiéndome constantemente de mi falta de Él, y rogando que me enamore una y otra vez.

Quiero que mi vida cuente, no para ser conocida, ni para que me aplaudan por mis buenas obras. Sino porque estoy siguiendo a un Cristo que me ha satisfecho cada vez que he permanecido en Su Presencia.

Ese Jesús me ha hecho gustar parte del Cielo, en esta Tierra, y necesito que el mundo entero lo conozca, sepa que el Camino es Cristo, que ya no necesita buscar en otros sitios, y que tal vez detrás de cada dolor, ausencia y necesidad, no hay otra cosa que un clamor por algo más o por Alguien más, y ese es Jesús.

Marcos Vidal en una de sus canciones ha dicho: “Quiero decirle al mundo entero que mi amor por ti es sincero y que jamás podré callar..”

¿Qué es lo que no podré callar?

Que.. **Sí, Yo le amo!**

Y mi amor hacia Él no es otra cosa que la respuesta a Su amor que me envolvió primero. Ese amor que me inundó el corazón y me presentó un camino más excelente.

Jesús me recordó que he sido creada para algo mayor, y no encuentro mayor tesoro, deleite, gozo y satisfacción que en la honrosa bendición de seguirlo.

Porque cuando Jesús me dijo: **Sígueme**. No pude hacer otra cosa que dejarlo todo, tomar mi cruz y seguirlo.

¿Qué harás Tú?

¿Dedicarás tu vida a conocer, seguir, servir y adorar al Dios de la Biblia?

Oración Final

“Dios.

Te alabo.

Nunca podré dejar de hacerlo. Tu gloria es asombrosa y Tu Presencia me impacta el alma. Te anhele y deseo que mis amigos también lo hagan.

Sé que me continuarás asombrando, porque sencillamente eres Asombroso.

Toma todas aquellas cosas que me empañan la mirada y me arruinan el paisaje de quien eres Tú.

Guía mis pasos para que no deje de proclamar Tu Nombre entre las multitudes.

Ellos te necesitan, tanto como yo.

Jesús eres el deleite de esta humanidad, eres ese tesoro perdido, que he hallado en medio de una tierra infértil y herida.

Por Ti lo dejo todo, para tomarte como el más preciado.

Hazte cargo de mi vida como el primer día, y has con este barro una obra portentosa que

te haga resplandecer, que te engrandezca. Para que ellos sepan que soy Tuya, y para que a través de mi existencia reconozcan que Tu existes, vives y actúas.

Que mis logros revelen Tu gran poder, y mis debilidades ameriten de Tu gracia.

Oro por quienes han leído este libro. Gracias por ellos, gracias por conducirlos a este punto.

Sé que no necesitas de mí para bendecirlos, llamarlos y usarlos, pero gracias por permitirme ser un medio para Tus fines.

Te alabo por lo que harás y haces en sus vidas.

Ruego que enciendas una llama en sus corazones. Un fuego ardiente por Ti.

Que te anhelan Señor, que te busquen y que te encuentren, porque Tu estás cercano.

Abre sus ojos para que vean la realidad de este mundo, que tengan sed por servirte y darse enteramente por Tu causa.

Oro para que levantes entre ellos corazones apasionados por servir a quienes no te han conocido. Te pido que sean valientes, determinados y comprometidos contigo, con lo que Tú estés demandando personalmente en Sus vidas.

Sé glorificado a través de nuestros pequeños y grandes esfuerzos. Eres tan digno, tan hermoso, tan bueno, tan fiel, tan santo, tan justo, tan lleno de amor, tan misericordioso, tan asombroso.

Que nuestros labios te alaben, pero que también nuestras vidas te honren.

Gracias por la bendición de poder orar por ellos, pero sobretodo gracias porque en Tu corazón estuvo que este libro fuera escrito y leído por quienes lo hacen.

Tu perfección nos deja sin palabras.

Que Tu Nombre sea exaltado por toda la eternidad, Jesús. Amén.

Sobre la Autora



Karina Belén Segura Boggie nació el 24 de Marzo de 1992, en Chillán, Chile. Es cristiana desde los 11 años y desde ese día dispuso su corazón a seguir las huellas de Jesús. Es licenciada en Pedagogía en Castellano y Comunicación, aunque prefiere presentarse como aprendiz de misionera, su verdadera vocación.

Dedica su vida a servir y compartir el Evangelio a través de todos los medios posibles. Sigue a Jesús y todo lo digno de admiración en su vida no es otra cosa que obra de Su Señor. ¡A Él sea la gloria!

Lee más reflexiones en:

<http://www.siyoleamo.wordpress.com//>